

ALICIA CÁMARA / ÁLVARO MOLINA
MARGARITA ANA VÁZQUEZ MANASSERO
(EDS.)

La ciudad de los saberes en la Edad Moderna

TREA

PIEDRAS ANGULARES



Alicia Cámara / Álvaro Molina
Margarita Ana Vázquez Manassero
(eds.)

La ciudad de los saberes en la Edad Moderna



Ediciones Trea

Edición realizada en el marco del Proyecto de Investigación I+D+i «El dibujante ingeniero al servicio de la monarquía hispánica. Siglos XVI-XVIII: ciudad e ingeniería en el Mediterráneo», ref. HAR2016-78098-P (AEI/FEDER, UE), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).



ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

Primera edición: 2020

© del texto: los autores de cada capítulo, 2020

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.
Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D
33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)
Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712
trea@trea.es / www.trea.es

Producción: Patricia Laxague Jordán
Corrección: Almudena Zapatero
Impresión: Gráficas Ápel
Encuadernación: Encuastur

D. L.: AS 00169-2020
ISBN: 978-84-18105-00-5

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Sumario

A modo de presentación: nuevas miradas a la ciudad de los saberes en la Edad Moderna	9
ALICIA CÁMARA, ÁLVARO MOLINA Y MARGARITA ANA VÁZQUEZ MANASSERO	

PRIMERA PARTE.

LOS INGENIEROS Y EL SABER APLICADO A LA CIUDAD

1. Vitruvio y el geómetra en la ciudad de la Edad Moderna	17
ALICIA CÁMARA	
2. El proyecto de arquitectura e ingeniería en las ciudades de la Edad Moderna: concepto, proceso y representación	37
ALFONSO MUÑOZ COSME	
3. L'acqua delle città. Ingegneria idraulica nella Sicilia della prima età moderna. . .	59
MAURIZIO VESCO	
4. Los hospitales reales del siglo XVIII. Un modelo de actuación urbana en las ciudades del norte de África	79
ANTONIO BRAVO NIETO Y SERGIO RAMÍREZ GONZÁLEZ	
5. Aduanas del siglo XVIII. Monumentalización clasicista del espacio urbano.	99
JUAN MIGUEL MUÑOZ CORBALÁN	

SEGUNDA PARTE.

ARTÍFICES Y AGENTES DEL SABER

6. Pintores y parnasos de la España del Siglo de Oro	121
JAVIER PORTÚS PÉREZ	
7. El «culto edificio» de Juan de Espina. De camarín a casa de orates	137
PEDRO REULA BAQUERO	

8. «El gran mercado del mundo»: comerciantes de la cartografía en Roma y Madrid en el siglo XVII. 153
MARGARITA ANA VÁZQUEZ MANASSERO
9. La Academia de la Historia en la sede de la Biblioteca Real: espacios compartidos y libros prohibidos 169
EVA VELASCO MORENO
10. El Madrid de la Ilustración. ¿Una capital para el conocimiento? 183
DANIEL CRESPO DELGADO

TERCERA PARTE.

SABERES Y ESPACIOS PARA EL ENTRETENIMIENTO

11. Lecturas vagabundas. Cultura escrita y espacio público en la temprana Edad Moderna hispana 205
ANTONIO CASTILLO GÓMEZ
12. De las colecciones de arte y de maravillas a la maravilla de las ciencias 227
MIGUEL MORÁN TURINA
13. Libros y estampas: ocio, negocio y solaz en Madrid a finales del siglo XVIII 243
JESUSA VEGA
14. El forastero en la corte: ocio, entretenimiento y saber para después de una guerra 261
ÁLVARO MOLINA
15. I Tesini, creatori di una moderna rete europea di comunicazione. 277
GIAN PIERO BRUNETTA

El forastero en la corte: ocio, entretenimiento y saber para después de una guerra¹

ÁLVARO MOLINA

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

El estado de la provincia, al evacuarla los enemigos en mayo de este año, era el más lastimoso y deplorable. Agricultura, artes y comercio, establecimientos públicos de beneficencia e instrucción, todo presentaba el aspecto de la miseria y del abandono. Lo único que conservaban sus abatidos moradores era el entusiasmo por la libertad e independencia de la patria y el odio contra los opresores.²

Con estas breves y sentidas palabras, el brigadier Joaquín Sánchez Doménech, nombrado jefe político de la provincia de Madrid en julio de 1813, resumía al gobierno de la regencia la situación en que se había encontrado la capital y sus inmediaciones tras la marcha definitiva de las tropas francesas, sucedida apenas un mes antes, el día 27 de mayo. La lectura del informe completo revela las enormes dificultades, retos y obstáculos que tenía por delante la población de Madrid para recuperar —en la medida en que eso es posible después de una guerra— el ritmo de vida en la ciudad, así como retomar el pulso a sus diferentes espacios de conocimiento y saber. El reto no era en absoluto fácil: por un lado, parecía prácticamente imposible en términos económicos, materiales y humanos alcanzar el nivel de esplendor al que habían llegado las políticas del progreso ilustrado al final del reinado de Carlos III y los primeros años del de Carlos IV; por otro lado, la inmediata abolición de las libertades constitucionales tras el regreso de Fernando VII en 1814 tampoco ofrecía un escenario proclive a los avances de la ciencia y la modernización que necesitaba el país, frenando en seco los pocos progresos experimentados tanto en los años previos a la guerra como en el transcurso de la misma.³

¹ Esta investigación se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D HAR2016-78098-P (AEI/FEDER, UE), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

² *Periódico ministerial intitulado Correo político y económico de las provincias de la Península*, abril de 1814, núm. 4, p. 115 (en adelante, *Periódico ministerial*).

³ Un ejemplo de ello son las instituciones y políticas científicas que trató de impulsar en la corte José I durante su reinado; véase una completa aproximación al respecto en Bertomeu Sánchez, 1995. Para una evolución histórica

Todas estas circunstancias conforman el trasfondo de la obra *Paseo por Madrid, o guía del forastero en la corte*, publicada a inicios de 1815 con el fin de dar a conocer al público «la descripción de sus palacios, edificios, establecimientos públicos, academias, escuelas, tribunales, ministerios, días de audiencia y demás noticias interesantes e instructivas».⁴ Aunque se trata de una obra conocida y frecuentemente citada por su valor documental sobre la vida madrileña al término de la guerra de la independencia, no se ha destacado, que sepamos, la novedad que supuso en la esfera literaria desde dos puntos de vista: en primer lugar, en relación a la manera de concebir los intereses culturales e intelectuales de sus lectores, por alumbrar una nueva idea en torno a la figura del forastero que acudía a Madrid para tomar solaz y entretenerse; en segundo lugar, y en lo que se refiere al propio género literario de las guías de forasteros y libros de viaje de la época, por su utilidad y sentido práctico al dar respuesta a todas las posibles necesidades que podían surgir durante una estancia en la corte. Partiendo de estas premisas, el objetivo para las próximas líneas será recorrer —de la mano de ese forastero recién llegado a la capital de la monarquía— el abanico de opciones que ofrecía la ciudad para quien deseaba recrearse en los ámbitos de las ciencias, las letras y las artes, una forma de instruirse y pasar el tiempo que los ilustrados aplaudieron al ser «recreaciones honestas» y «moderadas diversiones», pues conectaban la esfera de los saberes con la del ocio y el entretenimiento.⁵

El *Paseo por Madrid*: una guía moderna para un nuevo forastero

Tal y como se explicaba al inicio del prólogo, el origen del *Paseo por Madrid, o guía del forastero en la corte* respondía al «deseo de conocer por menor todos los establecimientos y curiosidades de esta corte», lo que había llevado a sus anónimos autores a «recorrerla y examinar sus monumentos públicos y cuanto en ella hubiese de interesante», con el fin de «sacar a la luz muchas de las bellezas que yacen en un injurioso olvido». Sus promotores concebían el paseo como una acción propia de quien buscaba recrearse en los ratos de ocio y descanso, haciendo constatar que no existía ninguna «obra que indicase a los forasteros los objetos dignos de admiración y curiosidad que encierra esta capital». Esto último era lo que argumentaba la uti-

de mayor amplitud sobre el entramado científico y cultural de estas instituciones, véase Álvarez Barrientos, 2017, pp. 145-172.

⁴ *Gaceta de Madrid*, 11/02/1815, núm. 18, p. 160. La obra se podía adquirir «a 8 reales en las librerías de Moreno, calle de Relatores; en la de Gila, calle de las Carretas, frente de la botillería, y en la de Villa, plazuela de Santo Domingo». El aviso de su venta también se publicó unos días más tarde en el *Diario de Madrid*, 24/02/1815, núm. 55, p. 203.

⁵ Terreros y Pando, 1786-1791; véanse las voces «pasatiempo» y «recreación».

lidad del proyecto por ser la «única guía de esta especie que se ha compuesto hasta aquí en Madrid»,⁶ lo cual se comprende mejor si recordamos que el público de la época asimilaba la idea de «guía» a un tipo muy concreto de publicación, la titulada *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid*.⁷ Editada anualmente a instancias del gobierno desde la década de los años veinte del siglo anterior, sus páginas incorporaban la información habitual de un calendario —incluía santorales y fiestas religiosas, días de gala en la corte, aniversarios de la familia real, observaciones astronómicas, etc.—, así como datos útiles sobre la administración de la monarquía y la extensa relación de secretarios, ministros, oficiales y responsables de las instituciones que constituían la maquinaria del Estado, y los principales establecimientos de la capital.⁸ Se trataba, en consecuencia, de una publicación necesaria para aquellos forasteros venidos de otras provincias que necesitaban aprender a *manejarse* en la corte, entendiéndose que el principal motivo de su visita era el de establecerse temporalmente por negocios o para resolver determinadas gestiones. Prueba de su utilidad era el recuerdo que se hizo de ellas en la *Guía patriótica de España para el año de 1811*, publicada en la Real Isla de León con el fin de retomar su continuidad desde la sede de la regencia del reino:

Antes del trastorno general que nos ha originado la injusta y destructora guerra que a principios de 1808 suscitó a la Nación Española el tirano de la Europa, se publicaban todos los años en Madrid Guías de forasteros, litigantes, eclesiástica, de guerra, marina, hacienda y comercio [...]. La utilidad de esta clase de libros solo se conoce cuando después de haberlos manejado se carece por algún tiempo de ellos, como la experiencia lo acredita.⁹

La información de esta guía oficial era también sumamente útil para los naturales, quienes ocasionalmente aparecían citados como destinatarios preferentes de otras publicaciones similares surgidas de iniciativas privadas. Entre otras, destacaban aquellas destinadas a dar a conocer el callejero urbano y señalar la ubicación de los edificios, obras y sitios de mayor interés de la ciudad, como *Madrid en la*

⁶ *Paseo por Madrid*, 1815, pp. III-VI.

⁷ No deja de ser llamativo que el término «guía» no tuviese ninguna acepción vinculada al ámbito del libro en los diccionarios de la Real Academia Española hasta la edición del año de 1803, en la que se incluía directamente el término GUÍA DE FORASTEROS: «el librito que sale anualmente con los nombres de los que componen todos los tribunales del reino, y oficinas de la corte, y otras varias noticias. A su imitación hay GUÍA de litigantes, GUÍA eclesiástica». Terreros y Pando (1786-1791) definía por su parte las voces de GUÍA DE CAMINOS y GUÍA DE FORASTEROS como «ciertos libritos, que enseñan los caminos, y las casas de los Ministros, con otras curiosidades útiles».

⁸ Para una aproximación general a las guías de forasteros oficiales y sus orígenes, véase Aguilar Piñal, 1995; para una detallada revisión histórica de su evolución, Pérez de Guzmán y Gallo, 1935.

⁹ *Guía patriótica*, 1811, p. III.

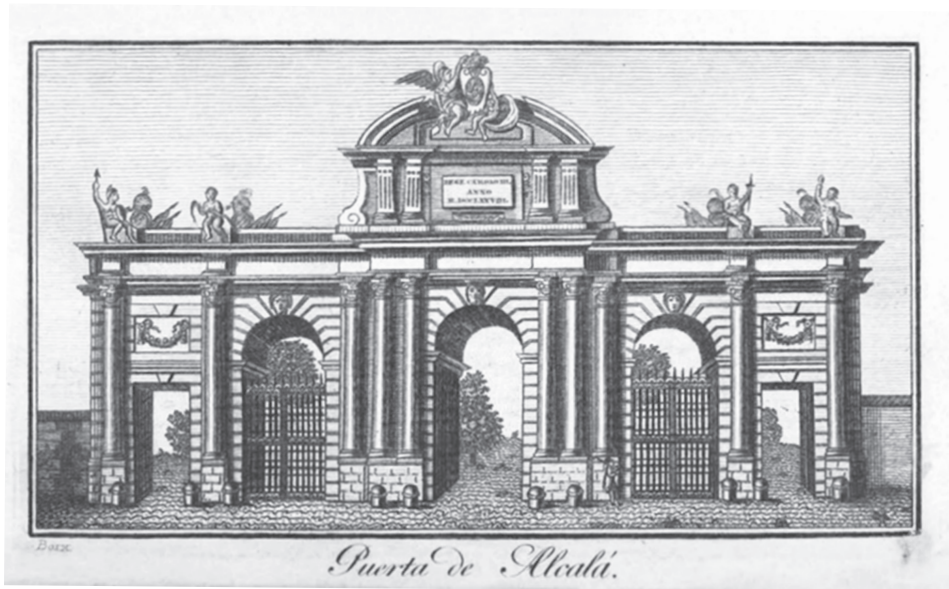


FIG. 1. Esteban Boix (grabador), «Puerta de Alcalá», en *Paseo por Madrid, o guía del forastero en la corte*, 1815, Madrid, Imprenta de Repullés, frontispicio.

mano, de Manuel Isidoro Sánchez (1763), la *Diversión de cortesanos y Estrella de Forasteros*. *Guía pequeña de Madrid* (1778), o el *Lazarillo o nueva guía para los naturales y forasteros de Madrid*, de Manuel Alonso (1783).¹⁰ A diferencia de todas estas publicaciones, el formato del *Paseo por Madrid* y su finalidad permiten definir un nuevo perfil de lector: aquel forastero ilustrado, dotado de inquietudes intelectuales y curiosidad, que no solo venía para atender negocios y cumplir obligaciones, sino por «el deseo de instruirse, la curiosidad o las diversiones de esta capital», motivaciones que lógicamente no eran nuevas, pero para las cuales resultaban poco prácticas las guías publicadas con anterioridad.¹¹

La misma sensibilidad y buen gusto que se presuponía a sus potenciales lectores explica que los autores de la guía decidieran adornar la obra con una «lámina que

¹⁰ Salvando las particularidades de cada una, su lectura permite estudiar la lenta pero constante evolución de las instituciones y establecimientos dedicados al saber, el ocio y el entretenimiento en el transcurso del reinado de Carlos III, aun cuando sus autores prestaban mayor atención a otro tipo de espacios y lugares.

¹¹ Para encontrar una distinción clara entre estos dos perfiles de forastero hay que esperar a la publicación del *Manual de Madrid* de Mesonero Romanos (1831, p. 62), quien recomendaba diferentes zonas donde alojarse según el motivo de la estancia: «si, por ejemplo, fuese pretendiente, debería situarse en las calles Mayor, Arenal, y sus convecinas, para no estar lejos de los Consejos, Ministerios y otras oficinas generales. Pero si la mera curiosidad o el deseo de divertirse le traen a Madrid, puede escoger su habitación por las calles principales de Alcalá, San Jerónimo, Carretas, Montera y sus traviesas, con lo cual se proporcionará la vecindad del Prado, museos, teatros y demás objetos curiosos».



Vista de la Puerta de Alcalá, una de las principales de Madrid.

Vue de la porte d'Alcala, une des principales de Madrid.

FIG. 2. José Gómez de Navia (dibujante) y Esteban Boix (grabador), «Vista de la Puerta de Alcalá, una de las principales de Madrid», en *Colección de las mejores vistas de los edificios más suntuosos de Madrid*, 1812, Biblioteca Nacional de España.

demuestra la hermosa Puerta de Alcalá», estampa que sirvió de reclamo al anunciar la obra en la prensa durante varios años (fig. 1).¹² Su grabador, Esteban Boix, tomó como modelo el dibujo realizado del monumento pocos años antes por José Gómez de Navia para la *Colección de las mejores vistas de los edificios más suntuosos de Madrid*, empresa en la que el mismo Boix había participado grabando igualmente esta vista en particular (fig. 2). La diferencia entre ambas, sin embargo, no puede resultar más elocuente: mientras que en la vista original la Puerta de Alcalá es el telón de fondo de una ciudad llena de vida que deja ver el trasiego de gentes y mercancías —se adivina incluso el perfil urbano del interior de la ciudad entre sus arcos de entrada—, en la imagen que sirvió de adorno al *Paseo por Madrid* ha desaparecido toda referencia a los habitantes de la urbe y sus actividades, centrando los detalles en la descripción del monumento y la apreciación desnuda de su be-

¹² *Diario de Madrid*, 08/10/1816, núm. 282, p. 430.

lleza.¹³ El uso de la Puerta de Alcalá como reclamo no era en ningún modo casual, pues se trata de una de las obras emblemáticas que había definido la modernidad de la corte en tiempos de Carlos III, cuyas políticas se convirtieron en un modelo de referencia para su nieto Fernando VII en su intento de retomar el espíritu de las reformas ilustradas. Por el contrario, esa elección era al mismo tiempo muy significativa en tanto que reflejaba cómo la capital no tenía aún un referente simbólico propio del nuevo reinado, para el que habría que esperar varios años más, como veremos más adelante.

De mayor utilidad hubiera sido hacer grabar un plano, aunque fuera reducido, para que el lector de la obra pudiera conocer al menos la forma global de la ciudad, como era habitual en otras guías y libros de viaje.¹⁴ La carencia de un recurso de este tipo se puede explicar por dos motivos: primero, por la dificultad que existía en ese momento para levantar nuevos planos que reflejaran fidedignamente los cambios urbanísticos realizados durante la ocupación francesa; y segundo, por la complejidad de grabarlos a un precio que no encareciera demasiado el coste final de la publicación.¹⁵ Pese a todo, es probable que los autores concibieran la posibilidad de incorporar un recurso de esas características más adelante, pues el primer capítulo de la guía se dedicaba al «Plano de Madrid», ofreciendo una «idea general de sus calles, plazas, plazuelas y división por cuarteles y barrios», que el lector debía imaginar leyendo la descripción literaria, o ayudándose de un plano suelto.¹⁶ Una posibilidad era recurrir al *Plano de la Villa y Corte de Madrid, en sesenta y cuatro láminas*, un práctico callejero encuadernado en 8.º que incorporaba la reproducción a escala del plano de cada barrio en páginas independientes, acompañándose

¹³ La ausencia de gentes y carretas eliminaba, además, cualquier referencia a las nociones de situación y emplazamiento que habían definido la ciudad de la Edad Moderna en relación a su red de rutas con otros núcleos urbanos, es decir, a las relaciones históricamente establecidas entre topografía y sociedad, donde Madrid jugaba un papel central por residir allí la corte; Marcos Martín, 1991, p. 274.

¹⁴ Un buen ejemplo es el plano incorporado en el tomo v dedicado a Madrid del *Viaje de España* de Antonio Ponz en 1776, que no contenía leyenda alguna de sus calles o edificios clave. La obra era copia de una de las muchas reducciones realizadas por Ventura Rodríguez del plano de Madrid diseñado por Tomás López en 1759; Molina Campuzano, 2002, p. 328.

¹⁵ El único plano realizado estos años fue el de Juan López de 1812, copia actualizada del plano geométrico de Tomás López de 1785, donde se reflejaron las transformaciones urbanísticas llevadas a cabo por José Bonaparte durante su reinado, pero del que no se llegaron a realizar reducciones a escala adaptadas a este tipo de publicación. De mayor precisión cartográfica sería, por su lado, el *Plan de Madrid et ses environs* de 1809, realizado por los oficiales del cuerpo de ingenieros francés con fines militares en la ocupación y defensa de la ciudad; Castañón y Puyo, 2008, p. 92.

¹⁶ Esa era precisamente la recomendación que Mesonero Romanos (1831, p. 61) hacía al forastero recién llegado en su *Manual de Madrid* varios años más tarde, aunque el escritor sí que incorporó un plano topográfico de la ciudad para facilitar el cometido: «lo que debe hacer el forastero para este objeto es dedicarse los primeros días a estudiar el plano y tomar en la memoria las calles principales», para lo cual explicaba detalladamente la ubicación de las vías principales.

sus contenidos de «otras curiosidades útiles a los naturales y forasteros».¹⁷ Dibujado por Fausto Martínez de la Torre y grabado por José Asensio, la obra se acompañaba de un plano general en formato desplegable que permitía formarse una idea del trazado urbano de la ciudad, incorporando una breve leyenda de sitios públicos en los que primaba, como era habitual en este tipo de relaciones, la localización de iglesias y conventos por encima de otros sitios públicos de interés.¹⁸ En cualquier caso, y se recurriese o no a un plano al margen de la guía, para los autores del *Paseo por Madrid* resultaba algo fundamental el conocimiento de la topografía urbana, pues «una de las primeras dificultades e incomodidades que experimenta el forastero a su llegada a una capital es el conocer sus calles para evitar largos rodeos, que no solo le cansan, sino también le consumen un tiempo que necesitaría para evacuar sus negocios».¹⁹

Por esa razón, proponían dar una descripción de las principales vías de comunicación de la ciudad partiendo de la Puerta del Sol, añadiendo al final de la obra un listado alfabético de las demás calles con una serie de orientaciones prácticas para llegar a cada una. Esto permitía, además, ahorrar «la incomodidad de andar preguntando a cada instante, tal vez a personas que ignoran la existencia de tal calle», dando así plena autonomía para moverse por la ciudad.²⁰ Este carácter práctico de la guía se comprueba igualmente en la estructura de capítulos y contenidos; el segundo, por ejemplo, se destinaba a las «cosas de primera necesidad y ocurrencia para un recién llegado»,²¹ mientras que el tercero contenía toda la información básica que el forastero debía saber «del gobierno y oficinas» de la corte.²² Como información complementaria, también resultaba agradable para el curioso el breve «compendio de la historia de Madrid» que abría la obra, donde se resumían los sucesos más recientes de la época hasta la entrada en Madrid de Fernando VII el 13 de mayo de 1814, así como la «lista alfabética de los conventos de religiosos y religiosas, oratorios, capillas, ermitas, colegios, hospitales y hospicios», de enorme interés por dar puntual información sobre el estado de ruina o demolición en el que

¹⁷ *Diario de Madrid*, 16/10/1800, núm. 289, p. 1211. La venta de la obra siguió anunciándose antes, durante y después de la guerra, aunque algunos de sus planos fueran ya inservibles; véanse los avisos publicados con fechas de 24/12/1807, 15/12/1808, 14/12/1812, 18/10/1815 y 04/01/1817.

¹⁸ Molina Campuzano, 2002, pp. 491-493.

¹⁹ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 4.

²⁰ *Ibidem*, p. 5.

²¹ Por ejemplo, la relación de posadas, fondas, hosterías, casas de huéspedes y de alquiler, adquisición de muebles, contratación de criados y mozos, comidas, transporte, servicio de correos y cambio de moneda, comercio e, incluso, recomendaciones de trato con los habitantes y normas básicas de sociabilidad; *ibidem*, pp. 10-19.

²² La información en este caso era una atractiva síntesis sobre el «gobierno, consejos, ministerios y demás administraciones públicas», donde se daban a conocer algunos detalles de funcionamiento que no solían explicarse en las guías oficiales; *ibidem*, pp. 20-31.

se encontraban muchos de esos edificios tras las reformas urbanísticas de José I y el paso de la guerra.²³

De los contenidos destinados a describir la ciudad de los saberes, la guía incluía diversos capítulos que podían satisfacer con creces las inquietudes intelectuales del forastero en materia de artes, ciencias y letras, sin olvidar otra clase de entretenimientos y diversiones que también servían de pasatiempos: entre los primeros, destacan el capítulo IV, de obligada lectura para el aficionado a las bellas artes, pues describía los tesoros de «parroquias, conventos, iglesias y demás edificios del culto divino»;²⁴ el capítulo V, donde se relacionaban «palacios y casas reales, museos, gabinete de historia natural, curiosidades, casas particulares y cuarteles», y el número VIII, que daba noticia de las «academias, sociedades literarias, bibliotecas, estudios y ciencias». En relación con otros divertimentos, se incluían interesantes recomendaciones sobre «paseos, jardines, cafés, botillerías, teatros y demás diversiones públicas» en el capítulo X, incluyendo al final del mismo otros lugares recomendables en los alrededores de Madrid, como algunos jardines y huertas de la nobleza, o la mención a los sitios reales de Aranjuez, El Pardo, El Escorial y la Granja, «para cuya descripción se necesitaría formar un volumen aparte».²⁵

Recrearse e instruirse en tiempos adversos

Al adentrarnos en el Madrid de los saberes durante estos años, lo primero que llama la atención es el enorme esfuerzo que dedicaron particulares e instituciones a retomar, en primer lugar, las actividades de enseñanza que se impartían en centros de naturaleza tanto educativa como científica. El escenario no era en ningún caso alentador, pues a los centros que directamente habían dejado de existir se sumaba la merma de recursos y efectivos de los que habían logrado mantenerse abiertos. Los autores del *Paseo por Madrid* no dejaron, en este sentido, de anotar

²³ Para una revisión sobre los efectos de la guerra en los conventos de la capital y su patrimonio, véase Antigüedad del Castillo-Olivares, 1999, pp. 61-108; para una aproximación a los planes urbanísticos proyectados por José I, Sambricio, 1991, pp. 578-594.

²⁴ Para componer las noticias relativas a las bellas artes, los autores reconocían haberse nutrido del *Viaje de España* de Ponz, cuya información les hubiera ahorrado «algunos pasos si la guerra no hubiese causado un trastorno tan general hasta en lo interior de los edificios». Otras fuentes procedían de «los cronistas de Madrid Ambrosio Morales, Gil González Dávila, Manuel Quintana y varios otros, [que] nos han servido para las antigüedades»; *Paseo por Madrid*, 1815, pp. IV-V.

²⁵ Entre las posesiones nobiliarias, se citaban «la casa de campo de la duquesa de Osuna» del Capricho, los jardines de la duquesa de Frías «fuera de la Puerta de Alcalá» y los antiguos jardines de la duquesa de Alba «fuera de la Puerta de San Valentín, en el camino del Pardo», *ibidem*, 1815, p. 105.

las circunstancias especiales por las que atravesaban muchas de estas instituciones, buscando una descripción objetiva de las mismas y reseñando una gran cantidad de datos de extraordinaria utilidad para hacerse una completa idea sobre su historia y funcionamiento, las transformaciones experimentadas en los últimos tiempos e, incluso, los planes de futuro que se estaban diseñando en determinados casos en el momento de publicarse la guía.²⁶ Esta riqueza de matices contrasta con otras publicaciones oficiales como la ya citada del *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid*, donde apenas solían indicarse explicaciones sobre las instituciones, a excepción de la relación de personal de los establecimientos públicos, o de datos prácticos como los días y horarios de apertura. Pese a ello, no deja de resultar revelador en muchos casos comparar la información de las ediciones de esta última guía entre 1808 y 1815, año en que se retomó su publicación, ya que ayuda a formarse una idea de los centros desaparecidos o de los cambios que tuvieron lugar en los que continuaron funcionando en relación a la composición y número de sus responsables y trabajadores.

Entre los centros de enseñanza que se vieron obligados a cesar por completo su actividad se puede citar como caso representativo el Real Seminario de Nobles, creado en tiempos de Felipe V para educar a los hijos de la aristocracia y las élites de funcionarios de la monarquía.²⁷ La ubicación estratégica de su sede, junto a la Puerta de San Bernardino, y la amplitud de sus estancias provocaron que fuera uno de los muchos edificios que «con motivo de los acontecimientos de la guerra [...] han sido y están en el día destinados para cuarteles», no recuperándose su función original hasta casi llegados los años treinta.²⁸ Como ejemplo de las entidades que vieron mermados sus recursos se encuentra, por su lado, el Real Colegio de San Carlos, que formaba parte del Hospital General de Atocha, «entrando por la calle del Niño». Creado en 1780 bajo la protección del Consejo de Castilla y del monarca Carlos III, quien hizo mantener «a costa del real erario 12 plazas de colegiales» para proveer de futuros cirujanos a los regimientos del ejército, el centro había modernizado su enseñanza con el establecimiento de una clínica para incentivar la formación práctica en 1795, cuyo funcionamiento no se había llegado a reestablecer en 1815. Pese

²⁶ Es muy probable que los autores de la obra concibieran la publicación de nuevas ediciones revisadas, donde sería posible actualizar las informaciones que se daban de carácter más puntual. Así se deduce, al menos, del prólogo de la obra, asumiendo no tener en el momento de su aparición «el mérito de haber llegado a la perfección de que es susceptible en ediciones posteriores»; *ibidem*, 1815, p. iv.

²⁷ Chaparro Sáinz y Artola Renedo, 2013, pp. 177-178.

²⁸ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 54. Miñano (1826, p. 334) se hacía eco, diez años más tarde, del uso que aún se daba al edificio como «cuartel de infantería de uno de los regimientos de la Guardia Real y de Artillería». El edificio, «que es uno de los mayores de Madrid, y con la comodidad necesaria para el objeto que fue creado» fue rehabilitado en 1828 para recuperar su función original; Mesonero Romanos, 1831, pp. 198-199.

a ello, los forasteros y curiosos sí podían visitar el gabinete «llamado de cera, en el cual se ven cuerpos enteros y todas las partes del cuerpo humano, representadas con mucha propiedad».²⁹

Al visitar las instituciones científicas de la corte, el forastero del *Paseo por Madrid* podía toparse igualmente en su recorrido con centros ya desaparecidos y otros que luchaban por recobrar su actividad. Un caso trágico fue el Real Observatorio Astronómico, mencionado de pasada en la guía al recordar el real cuerpo de cosmógrafos creado por Carlos IV en 1796, responsables en el establecimiento de «las escuelas de astronomía teórica y práctica y de meteorología», cuyas lecciones se impartían en las dependencias del real palacio del Buen Retiro, también arruinado durante la guerra.³⁰ El edificio que servía como sede del observatorio, construido ex profeso por Juan de Villanueva en el cerrillo de San Blas, fue prácticamente arrasado en su totalidad cuando, a causa de su uso como polvorín, se incendió durante la guerra, perdiéndose varias piezas del telescopio del célebre Herschel, instalado en 1802, y la rica colección de instrumentos y dispositivos reunidos durante años por la institución.³¹

Mejor fortuna corrió el vecino Real Jardín Botánico, a pesar de ser un ejemplo ilustrativo de los drásticos recortes a los que se enfrentó la mayor parte de instituciones de la época. Cuando se compara la relación de personal antes y después de la guerra en el *Kalendarario manual y guía de forasteros en Madrid*, se constatan los sacrificios que debieron hacer sus responsables para mantener las instalaciones y el ritmo de sus actividades: el Jardín Botánico había pasado de tener cuatro profesores, un vicedecano y tres agregados «con destino a la publicación de la flora del Perú y Chile» en 1808, a disponer solamente de un profesor y otro vicedecano de apoyo al comenzar 1815. Esta reducida plantilla hubo de recuperar el abandono en que había quedado el jardín «por la falta de cultivo y pérdida de muchas plantas» descritas en el informe realizado por el jefe político de Madrid en el verano de 1813, con el que abríamos estas páginas:

²⁹ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 80. La colección de este gabinete anatómico, creada con fines educativos, se comenzó a formar en 1783 tras aprobarse el plan de estudios de la institución, incrementándose el número de ejemplares en el transcurso de los años; Vega, 2010, p. 455.

³⁰ *Kalendarario manual y guía de forasteros*, 1808, p. 115. La edición del año 1815 eliminó la nota sobre el establecimiento, pese a que su reparación pareció ser una de las prioridades en el arreglo de los graves daños sufridos en el real sitio del Buen Retiro desde entonces: «en esta época en que S. M. D. Fernando VII se restituyó de Francia, encontró destruidos los jardines, el bosque, las verjas y adornos de los estanques, incendiada la Real Fábrica de la China, maltratado el Observatorio, y reducido finalmente todo aquel recinto a un estado de confusión y desorden increíbles». Diez años más tarde, sin embargo, «todos cuanto en el día disfrutaban estos deliciosos paseos, se admirarán de las mejoras que han adquirido en tan corto y tan difícil tiempo», siendo el observatorio «una de las obras más útiles que S. M. quiso reponer inmediatamente después de su llegada a Madrid»; Miñano, 1826, pp. 343-344.

³¹ López Arroyo, 2004, pp. 53-54.

El Jardín Botánico, establecimiento quizá el mejor de Europa, presenta en el día el aspecto más lastimoso. Si no se acude a tiempo, se convertirá en un bosque de maleza, que no se extirpará a costa de crecidas sumas.³²

Por una nota al pie insertada como aclaración al imprimir este informe en 1814, sabemos que «gracias a los buenos deseos del gobierno y a la actividad e ilustración del distinguido botánico Lagasca, se va mejorando en lo posible este establecimiento», recuperación que parecía confirmar la descripción que, un año más tarde, daba el *Paseo por Madrid*: la guía explicaba que «por poca afición que se tenga a la botánica, y con un permiso que es fácil de obtener dirigiéndose a uno de los directores del jardín, se pueden pasar muchas horas agradables en medio de los árboles más raros de las cuatro partes del mundo».³³

Otra variable para medir la situación del conocimiento en la ciudad de Madrid al finalizar la guerra, según los datos facilitados en el *Paseo por Madrid*, es el estado en que se encontraban las «siete bibliotecas destinadas a la instrucción pública» que existían antes de 1808: «la Biblioteca Real, la de San Isidro, la de la Academia de las tres nobles artes, la del gabinete de Historia natural, la del duque de Medinaceli, la de Carmelitas descalzos, y la de Mercenarios Calzados», de las que «solo han quedado las cuatro primeras».³⁴ La Biblioteca Real había sido trasladada al Convento de Trinitarios Descalzos de Atocha en tiempos de José I al demolerse el primitivo edificio para «formar la plaza de palacio», y fue una de las pocas instituciones que no perdió efectivos, ya que la nómina de empleados era la misma en 1808 y 1815.³⁵ Aparte de sus fondos bibliográficos, «que pasan de 2000 volúmenes», la guía describía otros atractivos para el forastero, como el crecido y precioso número de manuscritos [...] y la rica colección de medallas», sin olvidar la sala donde se podían consultar «las mejores encuadernaciones e impresiones, igualmente que los grabados».³⁶ En el otro extremo, la desaparición

³² *Periódico ministerial*, abril de 1814, núm. 4, p. 118. Como recuerdan Lafuente y González Bueno (1999, p. 258), no faltan en todo caso etapas de abandono y crisis en momentos anteriores, las cuales fueron más habituales de lo que parece por la falta de apoyos políticos y económicos de cada momento.

³³ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 100. Tras el verano de ese mismo año, el *Mercurio de España* (septiembre de 1815, pp. 311-312) informaba de que el Jardín Botánico «se ha puesto en disposición de abrirse al público, no solo para el recreo de los que habitan en la corte, sino para la instrucción en la Botánica general, o aplicada a la Medicina, y para los que aman o necesitan la agricultura en cualquiera parte donde residan», lo que parecía confirmar su lenta pero firme recuperación.

³⁴ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 83.

³⁵ Así se comprueba en el *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid* (1815, p. 98), donde se mantenían los seis bibliotecarios con los que contaba la institución en 1808, y tres honorarios, uno más que entonces.

³⁶ La guía también indicaba los horarios de la biblioteca, «abierta para el público todos los días del año por la mañana, desde las ocho hasta la una, en verano, y de nueve a dos en invierno, excepto los días feriados y durante el

de la biblioteca del duque de Medinaceli junto a su museo y armería, «que por haber experimentado el saqueo no se muestran aún al público»,³⁷ fue una pérdida irreparable por la calidad y variedad de sus fondos, pues muchas de sus obras eran inaccesibles en otras bibliotecas, y la colección no se había dejado de enriquecer en ningún momento. Lo más parecido que podían encontrar naturales y forasteros por aquel entonces eran las colecciones de otras bibliotecas nobiliarias, pero de carácter reservado. El *Paseo por Madrid* reconocía como las más distinguidas las de los duques de Osuna e Infantado, añadiendo que «sería tanto más de desear que se abriesen al público, cuanto son más completas que las bibliotecas públicas en la parte moderna».³⁸

De todas las instituciones culturales y científicas de la época, la red de gabinetes, museos y establecimientos destinados a la exhibición de diferentes tipos de objetos fue la que pareció proyectar mejores expectativas de futuro, y no tanto por las instituciones que ya existían antes de la ocupación francesa, sino por los proyectos que el *Paseo por Madrid* anunciaba de nueva creación. De los centros creados con anterioridad, los más relevantes eran el Gabinete de Historia Natural y la Academia de Bellas Artes de San Fernando, que compartían el antiguo palacio de Goyeneche en la calle de Alcalá. El gabinete ocupaba la segunda planta del edificio; abría al público «dos veces a la semana, lunes y jueves, mañana y tarde», mostrándose «los demás días privadamente a los extranjeros y forasteros de distinción». Las únicas pérdidas que pareció sufrir en los años de la guerra fue, según la guía, una de las salas reservadas, «despojada por los franceses de las preciosidades que contenía en vasos y otras antigüedades».³⁹ Respecto a la academia, la guía denominaba ya con el término «museo» el conjunto de salas de su cuarto principal, donde se reunía la colección de pinturas y modelos de yeso de la Antigüedad. Aunque el uso de las salas se reservaba a fines formativos, los interesados podían «ver estas salas dirigiéndose a alguno de los dependientes», explicándose también que se estaba formando «un catálogo para la instrucción de los aficionados»,⁴⁰ lo que anuncia el peso que se iba

estero, que empieza el 15 de octubre y acaba el 8 de noviembre, y el desestero, que empieza en 15 de mayo y concluye en 8 de junio»; *Paseo por Madrid*, 1815, pp. 84-85.

³⁷ *Ibidem*, p. 53.

³⁸ *Ibidem*, p. 86.

³⁹ *Ibidem*, pp. 49-50. Información más precisa daba Sánchez Doménech un año antes: «este establecimiento fue saqueado por los enemigos en su última invasión, pero por fortuna solo se llevaron lo de valor intrínseco, como una pepita de oro de unas diez y seis libras, y una vajilla de ágata más que por el valor de la materia, apreciable por su trabajo, no tocando nada que tuviese valor científico»; *Periódico ministerial*, abril de 1814, núm. 4, p. 106.

⁴⁰ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 50. La guía no informaba de la costumbre, interrumpida durante la guerra, de abrir al público la academia una vez al año a finales de verano, donde al margen de visitar las salas se organizaba una exposición temporal con obras de los profesores, discípulos y aficionados. Esta práctica se retomó de nuevo en el verano del mismo año; Navarrete Martínez, 1999, pp. 301-302.

a dar a partir de estos años a la labor divulgativa de estas instituciones a través de nuevas y diversas iniciativas editoriales.⁴¹

Entre los museos de nueva creación, el *Paseo por Madrid* informaba sobre el proyecto iniciado en 1814 para ceder a la Academia de San Fernando el Palacio de Buenavista, «destinándolo para formar en él un museo público con el nombre de *Museo Fernandino*», dando asimismo noticia de los trabajos de reparación que se estaban llevando a cabo en el edificio bajo la dirección del arquitecto Antonio Aguado.⁴² Como es sabido, el plan no llegó a buen término, como tampoco lo había llegado a hacer en 1809 el denominado Museo Josefino, que el hermano de Napoleón había tratado de crear con las colecciones procedentes de la desamortización eclesiástica.⁴³ Esta última tentativa es, en cualquier caso, un buen ejemplo para comprender cómo la guerra no significó una parálisis total de la actividad científica y cultural de la ciudad —pese a que no se terminara de reconocer en obras como el *Paseo por Madrid* por cuestiones políticas—, pues no dejaron de proyectarse propuestas de distinta naturaleza que, de haberse llevado a cabo, hubieran cambiado por completo el mapa de los entretenimientos y saberes accesibles a viajeros, forasteros y curiosos.

En este sentido, cabe finalizar nuestro periplo por la corte en 1815 con el apunte que la guía hacía de la magna obra arquitectónica de Villanueva, que denominaba directamente Museo del Prado. El texto recordaba que había sido mandado construir por Carlos III «con destino a servir de museo, para colocar en él el Gabinete de Historia Natural, y para que algunas academias tuviesen allí sus sesiones». A la vista de la suerte que había corrido el edificio y las pocas expectativas de futuro, los autores del *Paseo por Madrid* aceptaban con resignación lo que podía haber sido y nunca fue: «a pesar de hallarse arruinado en el día, se echa bien de ver que si se hubiese concluido hubiera sido uno de los edificios que hicieran honor a esta capital».⁴⁴ Eso sucedió pocos años más tarde, cuando en noviembre de 1819, el Museo Real de Pinturas abrió sus puertas al público. Con este monumento, la capital podía contar ya, por fin, con un símbolo propio del reinado de Fernando VII como proyección de modernidad para los nuevos tiempos, aunque sus bases y principios se cimentasen todavía en la herencia de unas luces que apenas daban ya brillo.⁴⁵

⁴¹ El primer catálogo de la academia se acabaría publicando en 1817, al que le seguiría el de las colecciones del Real Museo de Pinturas abierto en 1819. De iniciativa particular, es el sugerente *Paseo por el Gabinete de historia natural de Madrid* publicado por Juan Mieg en 1818, cuya publicación se completaría en 1821 con la *Colección de láminas para servir de suplemento* a la obra, dibujadas y grabadas por el mismo autor.

⁴² *Paseo por Madrid*, 1815, p. 52.

⁴³ La documentación del proyecto del «museo fernandino» y los motivos que impidieron llevar a buen término el proyecto fueron ampliamente estudiados por Sambricio, 1942; sobre el «museo josefino», véase Antigüedad del Castillo-Olivares, 1999, pp. 157-190.

⁴⁴ *Paseo por Madrid*, 1815, p. 51.

⁴⁵ Sobre el nacimiento de la institución, véase la reciente revisión de Portús, 2018.

Bibliografía

- AGUILAR PIÑAL, F. (1995): «Las guías de forasteros de Madrid en el siglo XVIII», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, vol. XXXV, pp. 451-473.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (2017): *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Madrid: Abada Editores.
- ANTIGÜEDAD del CASTILLO-OLIVARES, M. D. (1999): *El patrimonio artístico de Madrid durante el Gobierno Intruso (1808-1813)*, Madrid: UNED.
- BERTOMEU SÁNCHEZ, J. R. (1995): *La actividad científica en España bajo el reinado de José I (1808-1813)*, Valencia: Universitat de València.
- CASTAÑÓN, J. C., y J.-Y. PUYO (2008): «La cartografía realizada por el ejército napoleónico durante la guerra de la independencia», en *Madrid 1808. Guerra y Territorio. Mapas y planos 1808-1814*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, pp. 67-108.
- CHAPARRO SÁINZ, A. y A. ARTOLA RENEDO (2013): «El entorno de los alumnos del Real Seminario de Nobles de Madrid (1727-1808). Elementos para una prosopografía relacional», en A. Chaparro Sáinz y J. M. Imízcoz Beunza (eds.): *Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII*, Madrid: Sílex, pp. 177-200.
- Guía patriótica* (1811), *Guía patriótica de España para el año de 1811. Que comprende los principales artículos de las de forasteros, guerra, marina, hacienda y comercio*, Real Isla de León: Imprenta de D. Miguel Segovia.
- LAFUENTE, A. y A. GONZÁLEZ BUENO (1999): «El Real Jardín Botánico», en *Madrid, ciencia y corte*, Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 253-260.
- LÓPEZ ARROYO, M. (2004): *El Real Observatorio Astronómico de Madrid (1785-1975)*, Madrid: Instituto Geográfico Nacional.
- MARCOS MARTÍN, A. (1991): «¿Qué es una ciudad en la época moderna? Reflexión histórica sobre el fenómeno de lo urbano», en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid: Casa de Velázquez, pp. 273-288.
- MESONERO ROMANOS, R. (1831): *Manual de Madrid. Descripción de la corte y la villa*, Madrid: Imprenta de D. M. de Burgos.
- MIÑANO, S. (1826): *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid: Imprenta de Pierart-Peralta, vol. 5.
- MOLINA CAMPUZANO, M. (2002): *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid: Instituto de Administración Local.
- NAVARRETE MARTÍNEZ, E. (1999): *La Academia de Bellas Artes de San Fernando y la pintura en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid: FUE.
- Paseo por Madrid* (1815), *Paseo por Madrid, o guía del forastero en la corte*, Madrid: Imprenta de Repullés.
- PÉREZ de GUZMÁN Y GALLO, J. (1935): «Resumen histórico de la Guía Oficial de España. Estudio documental», en *Guía Oficial de España 1935*, Madrid: Sucesores de Rivadeneira, pp. 753-782.

- PORTÚS, J. (2018): «Los orígenes, 1819-33», en J. Portús (coord.): *Museo del Prado 1819-2019. Un lugar de memoria*, Madrid: Museo Nacional del Prado, pp. 22-47.
- SAMBRICIO, V. (1942): «El Museo Fernandino de Madrid: causas de su fracaso», *Archivo Español de Arte*, núm. 53, pp. 262-283.
- SAMBRICIO, C. (1991): *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*, Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Transportes.
- TERREROS y PANDO, E. de (1786-1791): *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid: Imprenta de Viuda de Ibarra, hijos y compañía, 4 vols.
- VEGA, J. (2010): *Ciencia, arte e ilusión en la España ilustrada*, Madrid: CSIC-Ediciones Polifemo.